

Yo no os conozco

Domingo XXI T. Ordinario. Ciclo C
Is 66,18-21; Sal 116,1.2; Hb 12,5-7.11-13; Lc 13,22-30

En aquel tiempo, Jesús, de camino hacia Jerusalén, recorría ciudades y aldeas enseñando.

Uno le preguntó: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?». Jesús le respondió: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta, diciendo: "Señor, ábrenos"; y él os replicará: "No os conozco". Y comenzareis a decir: "Hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas." Mas, él os replicará: "No os conozco. Alejaos de mí, todos los que hacéis el mal".

Entonces será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios y vosotros sois echados fuera. Vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Pues, los últimos serán primeros y los primeros que serán últimos».

El libro de Isaías profetiza: "Así dice el Señor: «Yo vendré a reunir a las naciones de todas las lenguas, que vendrán y verán mi gloria. Les daré una señal y mandaré a algunos de sus supervivientes a los pueblos de Tarsis, África, Lidia, Masac, Italia y Grecia... ».

El texto profético expone que Dios viene para "reunir" a las gentes dispersas de Israel y a todos los hombres: a "todos los países", los más importantes en su época. Es la Nueva Congregación de los hijos de Dios, en el Nuevo Israel; han terminado todas las diferencias de raza, color o lengua, porque Dios todo lo ha purificado con la sangre de su Hijo. Somos hijos de Dios y, si hijos, herederos de la Promesa, afirma el Apóstol.

Se trata de una convocatoria universal que mostrará la gloria de Yahvé, único Dios verdadero frente a los dioses e ídolos de los otros pueblos. Entre los supervivientes del juicio, elige a sus enviados con la misión de proclamar el poder divino a los pueblos que "nunca oyeron ni vieron mi gloria". Los que han conocido su poder salvador serán testigos de la liberación de los gentiles; de ellos, algunos llegarán a ser sacerdotes y levitas, lo que borrará los privilegios de pueblo y casta. Un sacerdocio, que ya no será hereditario, sino vocacional, carismático, profético. Todos los pueblos llevarán a los israelitas dispersos, los judíos de la diáspora, hasta Jerusalén y Sión.

Todas las gentes y naciones llegan a Jerusalén. Israel depone su particularismo. Es Cristo el que abre y desbarata las barreras de cerrazón; lo dice claro a la samaritana: "Se acerca la hora, en que no adorareis al Padre en este monte ni en Jerusalén... Llega la hora, y es esta, en que los verdaderos adoradores darán culto al Padre en espíritu y en verdad" (Jn 4,21.23). Los cristianos han de ser testigos de su mensaje. Ello entraña la renuncia a los ídolos del mundo: poder, dinero, placer, corrupción, injusticia... Ser testigo significa conocer y entregarse al Evangelio, vivir el mensaje liberador Jesucristo.

El Salmo responsorial invita: "Alabad al Señor, todas las naciones, aclamadlo, todos los pueblos. Firme es su misericordia con nosotros, su fidelidad dura por siempre" (116,1.2).

"Este salmo –opina San Juan Crisóstomo– contiene la profecía de que la Iglesia y la predicación del Evangelio se difundirán por toda la tierra. Y es que, Jesucristo, al entonar este salmo en la última Cena de Pascua, inició el cumplimiento del hecho profético que predice la universalidad de la Palabra Redentora. El Misterio Pascual, a punto de culminar en la inminente Pasión, va a poner al alcance la oferta de salvación no sólo a Israel, sino a toda la humanidad.

Es la atención y cuidado de Dios Padre, que Providente vela y abre la misericordia y la fidelidad eternas.

"Los gentiles alaban a Dios por su misericordia" (Sal 175). Es un pasaje de la Carta a los Romanos en que Pablo expone la alegría de los pueblos, que, en su agradecimiento, alaban y vienen a dar al Padre las gracias y alabanza que merece.

La segunda lectura de la carta a los Hebreos recuerda: "*Habéis olvidado la enseñanza que os dieron: «Hijo mío, no rechaces la corrección del Señor, no te desalientes por su reprensión»... (12,5-7.11-13).*

El amor y la fe hacen reconocer la misericordia de Dios incluso en las contrariedades, con la certeza de que, no siendo Dios nunca causa del mal, es posible que lo permita, siempre en bien de la criatura. En este sentido, explica el libro de la Sabiduría los fenómenos y las plagas de Egipto, el sufrimiento de Job y el martirio de los cristianos. Los hijos de Dios deben captar el mensaje de la pedagogía divina, emitido en las aristas del sufrimiento y la dificultad: "Venid a mí todos los que andáis fatigados, que yo os aliviaré", ofrece Jesucristo. Los problemas y escollos son pruebas de la fortaleza espiritual; los entregados al Señor, verán en ellos, el gran valor formativo, que les reportan en su acceso a la mesa de la gloria (Is 35,3; Prov 4, 26).

La corrección, a que esta carta exhorta, es la persecución que los cristianos hebreos habrán de resistir. El cristiano vive en exigencia, su vida es lucha y donación en un ambiente adverso, ajeno al Evangelio. El misterio del mal y del padecimiento, en razón del evangelio, aunque resulte inexplicable, es aceptable sólo desde el fundamento de la fe, en la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo.

El misterio del dolor y de los sufrimientos se hace más aceptable para los que creen de verdad en la pasión, muerte y resurrección de Jesús; hay que tomar la prueba como un instrumento de una unión más íntima con Dios, que de este modo nos manifiesta su amor. La corrección, el dolor, en un primer momento, pueden entristecer, pero, al reflexionar, se percibe el fruto del sufrimiento, se produce un sentimiento de paz profundamente gozosa que penetra el alma y la vida de quien ha aceptado y ofrecido la prueba. Porque sucede siempre que el efecto de la prueba aceptada provoca una curación del alma.

El santo evangelio según San Lucas plantea, hoy, un problema común en el pensamiento, que, constante, viene a angustiar las conciencias sobre el inquietante futuro; se aspira a tener segura la salvación y vivir la confianza de obtenerla (13,22-30).

Al interrogante que le propone el oyente, Jesús responde con la metáfora del cielo, muy corriente entonces, de un recinto dispuesto para un banquete, cuya puerta es estrecha, una vez cerrada no entra nadie más, pues los últimos serán primeros y los primeros, últimos. Los primeros son los judíos, los últimos, los extranjeritos. Jesús no responde a la concreción del número de salvados, no es relevante. Lo intrincado para Él estriba en la pertenencia al Pueblo Elegido y aguijonea a sus oyentes judíos con la seria advertencia de que han de desechar su tranquilidad y fiabilidad religiosas. Les hace ver que la adscripción judía, no garantiza la salvación, su autoseguridad y exceso de certidumbre no tiene consistencia. Esta es la verdadera cuestión la puerta estrecha, la arrogancia y la autoconvicción. Es preciso el esfuerzo ascético en estar entre los conocidos, en no perderse la entrada; ser de los primeros en conocer el plan de Yahvé. Dios no es prerrogativa ni dispensa de unos cuantos.

Los judíos se daban por salvados; y, curiosamente, esa falsa garantía conceptual toma cuerpo en la sociedad actual: La misericordia de Dios no permite la condenación eterna, el infierno no existe. Tal especulación es un desideratum, producto de la increencia hedonista, que, hoy, se asienta. Lo más prudente consiste en respetar el misterio y hacer como Jesús, que no responde a una preocupación intranscendente. Por el contrario, las diatribas rabínicas concluían que sólo unos pocos gozarían de la plenitud final, en la que todo Israel tenía un puesto. Jesús, seguramente, ante esta conjetura, expone la parábola de la puerta estrecha, del empeño y la abnegación. El proceso de tormento y angustia que conlleva la implantación del Reino venía siendo común en la literatura escatológica del ámbito judío, y, así, aparece en la de los textos evangélicos. El Maestro asegura sin rodeos, que nadie tiene la puerta despejada, que, antes, es necesaria la conversión, pues vendrán "los publicanos, pecadores y gentiles, que despreciáis y se sentarán delante de vosotros". Llamaréis, pero el amo dirá: "Yo no os conozco". ¡El desconocimiento por parte de Dios, ha de ser terrible!

La tesis de Jesús, sobre la estrechez de la puerta, desdice la engañosa presunción de salvación rabínica y la errónea predestinación apocalíptica. Es una convocatoria a los gentiles: La puerta está expedita, venid y acomodaos. Jesús no intenta atemorizar, trata de inducir. Se nos abruma hoy con las cifras y estadística. Aquel quiere que Jesús le dé números y Él le presenta la necesidad perentoria de reconciliarse y aceptar el Evangelio: *Esforzaos en entrar por la puerta estrecha*. Hace una solicitud acuciante al pueblo de Israel, que no acepta su mensaje, "vino a los suyos y no lo recibieron"; no se convierten al evangelio, otros, pues, ocuparán el puesto. El núcleo esencial se halla en la conversación con Nicodemo: "En verdad, en verdad te digo, el que no nace de nuevo, no puede entrar en el Reino" (Jn 3,3). Ese renacer es inexcusable, se ha de dejar el hombre viejo, retrotraer el camino y abrazar la enseñanza de Cristo; interesa creer decididamente, la salvación exige la fe y la unión con Jesús. Vivir la fe de Abrahán y entroncarse en Cristo y en el Reino que predica en un mensaje universal, sin restricciones de raza o nación, color o lengua. Salva el seguir, con fe, su doctrina, sencilla, pero exigente.

Camilo Valverde Mudarra